



## CAPITULO XII

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustín de las Cuevas, y la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos

Así como se dice que el sabio vence su estrella, se pudiera decir con más seguridad que el hombre de bien con su conducta constantemente arreglada, domina casi siempre su fortuna por siniestra que sea.

Tal dominio experimenté yo, aun en las ocasiones que observé un proceder honrado por hipocresía; bien que luego que trastrabillaba y me descaraba con el vicio volvían mis adversas aventuras como llovidas.



Desengañado con esta dolorosa y repetida observación, traté de pensar seriamente, considerando que ya tenía más de treinta y siete años; edad harto propia para reflexionar con juicio. Procuré manejarme con honor y no dar qué decir en aquel pueblo.

Cada mes en un domingo venía á México, me confesaba con mi amigo Pelayo, y con él me iba después á pasar al resto del día en la casa y compañía de mi amo, quien me manifestaba cada vez más confianza y más cariño. A la tarde salía á pasear á la Alameda ó á otras partes.

¡Cuántas veces me decía Pelayo:—Sal, expláyate, diviértete! No está la virtud reñida con la alegría ni con la honesta diversión. La hermosura del campo para recreo de los sentidos y la comunicación recíproca de los hombres por medio de la explicación de sus conceptos para desahogo de sus almas, es bendita por el mismo Dios, pues Su Majestad crió así la belleza, aromas, sabores, virtudes y matices de las plantas, flores y frutos, como la viveza, gracia, penetración y sublimidad de los entendimientos, y todo lo hizo, crió y destinó para recreo y utilidad del hombre; y sino ¿á qué fin sería dotar á las criaturas subalternas de bellezas, y al racional de espíritu para percibir las, si no nos había de ser lícito ejercitar sobre ellas nuestro talento ni sentidos? Sería una creación inútil, por una parte, y por otra una tiranía que

degradaría á la Deidad, pues probaría que había criado entes espectables y deliciosos, y nos había dotado de apetitos, prohibiéndonos la aplicación de éstos y la fruición de aquéllos. Pena que los gentiles la hallaron digna de ser castigo infernal para los crueles y avaros como Tántalo, á quien concedieron la vista inmediata de las manzanas y el agua que llegaban á su boca, y no podía satisfacer su sed ni su hambre.

Ya se ve que esto sería un absurdo pensarlo; pero, aunque sin malicia, no forman mejor concepto de la Divinidad los que creen que se ofende de nuestras diversiones inocentes.

El abuso y no el uso es lo que se prohíbe hasta en las obras de virtud. Yo tengo esta opinión por muy segura, y como tal te la aconsejo: *no peques y diviértete cuanto quieras*, porque Dios nos quiere santos; no monos, ridículos, hurones, ni tristes. Eso quédese para los hipócritas, que los justos en esta expresión del santo David, deben alegrarse y regocijarse en el Señor, y pueden muy bien cantar y saltar con su bendición al son de la cítara, la lira y el salterio.

Frases son éstas con que el santo rey explica que Dios no quiere mustios ni zonzos. El yugo de la ley del Señor es suave y su carga muy ligera. Cualquier cristiano puede gozar de aquella diversión que no sea pecaminosa ni arriesgada. Ninguna dejará de serlo, ni la



asistencia á los templos, si el corazón está corrompido y mal dispuesto; y cualquiera no lo será, aunque sea un baile y unas bodas, si asistimos á ellas con intención recta y con ánimo de no prevaricar. Las ocasiones son próximas y debemos huir los peligros cuando tenemos experimentada nuestra debilidad. Conque así diviértete, según te dicte una prudente observación.

Fiado en estos y otros muchos iguales documentos, me salía yo á pasear buenamente, y aunque encontraba á muchos de aquellos briboncillos que se habían llamado mis amigos, procuraba hacer que no los veía, y si no lo podía excusar, me desembarazaba con decirles que estaba destinado fuera de México y que me iba á la noche, con lo que perdían la esperanza de estafarme y seducirme.

En una de estas lícitas paseadas me habló á la mano un muchachito muy maltratado de ropa, pero bonito de cara, pidiéndome un socorro por amor de Dios para su pobre madre, que estaba enferma en cama y sin tener qué comer.

Como estas palabras las acompañaba con muchas lágrimas y con aquella sencillez propia de un niño de seis años, lo creí, y compadeciéndome del estado infeliz que me pintó, le dije me llevara á su casa.

Luego que entré en ella ví que era cierto cuanto me dijo, porque en un cuarto, que llaman redondo (que era toda la casa) yacía sobre unos indecentes bancos de

cama una señora como de veinticinco años de edad, sin más colchón, sábanas ni almohada que un petate, una frazada y un envoltorio de trapos á la cabecera. En un rincón de la misma cama estaba tirado un niño como de un año, ético y extenuado, que de cuando en cuando estiraba los secos pechos de su débil madre, exprimiéndole el poco jugo que podía.

Por el sucio aposentillo andaba una huerita de tres años, bonita á la verdad, pero hecha pedazos, y manifestando en lo descolorido de su cara el hambre que le había robado lo rozagante de sus mejillas.

En el brasero no había lumbre ni para encender un cigarro, y todo el ajuar era correspondiente á tal miseria.

No pudo menos que conmover mi sensibilidad una escena tan infeliz; y así, sentándome junto á la enferma en su misma cama, le dije:— Señora, lastimado de las miserias que de usted me contó este niño, determiné venir con él á asegurarme de su verdad, y por cierto que el original es más infeliz que el retrato que me hizo esta criatura.

Pero pues estoy satisfecho, no quiero que mi venida á ver á usted le sea enteramente infructuosa. Dígame usted quién es, qué padece y cómo ha llegado á tan deplorable situación; pues aunque con esta relación no consiga otra cosa que disipar la tristeza que me parece la agobia, no será mal conseguir, pues ya sabe que nues-



tras penas se alivian cuando nos las comunicamos con confianza.

— Señor, dijo la pobre enferma con una voz lánguida y harto triste; señor, mis penas son de tal naturaleza, que pienso que el referirlas, lejos de servirme de algún consuelo, renovará las llagas de que adolece mi corazón; pero sin embargo, sería yo una ingrata descortés si, aunque á costa de algún sacrificio, dejara de satisfacer la curiosidad de usted...

— No, señora, le dije; no permita Dios que exigiera de usted ningún sacrificio. Creía que la relación de sus desdichas le serviría de refrigerio en medio de ellas; pero no siendo así, no se aflija. Tenga usted esto poco que tengo en la bolsa y sufra con resignación sus trabajos, ofreciéndoselos al Señor y confiando en su amplísima Providencia que no la desamparará, pues es un Padre amante que cuando nos prueba nos amerita y premia y cuando nos castiga es con suavidad, y aun así le queda la mano adolorida. Yo tendré cuidado de que un sacerdote amigo mío venga á ver á usted y le imparta los auxilios espirituales y temporales que pueda. Conque, adiós.

Diciendo esto, le puse cuatro pesos en la cama, y me levanté para salirme; mas la señora no lo permitió; antes, incorporándose como mejor pudo en su triste lecho, con los ojos llenos de agua, me dijo:—No se vaya

usted tan presto, ni quiera privarme del consuelo que me dan sus palabras. Suplico á usted que se siente; quiero contarle mis desventuras, y creo que ya me será alivio el comunicarlas á un sujeto, que sin mérito mío manifiesta tanto interés en mi desgraciada suerte.

Yo me llamo María Guadalupe Rosana; mis padres fueron nobles y honrados, y aunque no ricos, tenían lo suficiente para criarme, como me criaron, con regalo. Nada apetecía yo en mi casa; era querida como hija y contemplada como hija única. Así viví hasta la edad de quince años, en cuyo tiempo fué Dios servido de llevarse á mi padre, y mi madre, no pudiendo resistir este golpe, lo siguió al sepulcro dentro de dos meses.

Sería largo de contar los muchos trabajos que sufrí y los riesgos á que se vió expuesto mi honor en el tiempo de mi orfandad. Hoy estaba en una casa, mañana en otra, aquí me hacían un desaire, allí me intentaban seducir, y en ninguna encontraba un asilo seguro ni una protección inocente.

Tres años anduve de aquí para allí, experimentando lo que Dios sabe, hasta que, cansada de esta vida, temiendo mi perdición y deseando asegurar mi honor y subsistencia, me rendí á las amorosas y repetidas instancias del padre de estas criaturas. Me casé por fin, y en cuatro ó cinco años jamás me dió mi esposo motivo de arrepentirme. Cada día estaba yo más contenta con mi estado;